

FRANCESCO PETRARCA

REMEDIOS
PARA LA VIDA

SELECCIÓN, PRÓLOGO Y TRADUCCIÓN
DEL LATÍN DE JOSÉ MARÍA MICÓ

BARCELONA 2023



ACANTILADO

www.elboomeran.com

TÍTULO ORIGINAL *De remediis utriusque fortunæ*

Publicado por

A C A N T I L A D O

Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona

Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956

correo@acantilado.es

www.acantilado.es

© de la selección, el prólogo y la traducción,

2023 by José María Micó Juan

© de esta edición, 2023 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:

Quaderns Crema, S. A.

ISBN: 978-84-19036-33-9

DEPÓSITO LEGAL: B. 23 007-2022

AIGUADEVIDRE *Gráfica*

QUADERNS CREMA *Composición*

ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *enero de 2023*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

<i>Presentación</i> , de JOSÉ MARÍA MICÓ	9
<i>Nota sobre el texto y la traducción</i>	19

LIBRO PRIMERO

REMEDIOS CONTRA LA BUENA SUERTE

I. La edad florida y la esperanza de una vida larga	23
II. La belleza corporal	29
III. La salud	36
VIII. La memoria	38
XII. La sabiduría	42
XIV. La libertad	49
XVII. El próspero nacimiento	53
XXV. El juego de la pelota	56
XXXIV. Las casas magníficas	58
XLIII. El que tiene muchos libros	61
XLIV. La fama de los que escriben	72
XLIX. La amistad con reyes	79
L. La abundancia de amigos	83

LIII.	La abundancia de riquezas	90
LXI.	Las monas de compañía	93
LXVI.	La esposa bella	95
LXIX.	El amor placentero	98
XCII.	La gloria	112
CVIII.	La felicidad	117
CXVII.	La esperanza de fama póstuma	122
CXX.	Las muchas esperanzas	126
CXXI.	La esperada paz de ánimo	130

LIBRO SEGUNDO

REMEDIOS CONTRA LA MALA SUERTE

XI.	El pobre nacimiento	135
XV.	La pérdida del tiempo	137
XXVIII.	Los amigos desleales	142
XXXV.	El que es envidiado	145
XXXVII.	La tardanza de lo prometido	148
LII.	La muerte del amigo	150
LXIII.	La casa pequeña	154
LXXVI.	La guerra civil	157
LXXXVI.	El insomnio	161
LXXXVII.	Las pesadillas	164

XCVI.	La ceguera	166
CVI.	La envidia	175
CXIX.	La muerte	177

PRESENTACIÓN

de JOSÉ MARÍA MICÓ

Sum peregrinus ubique: ‘En todas partes soy un peregrino’. Así se definió más de una vez Francesco Petrarca, cuyo padre, el notario ser Petracco di Parento, un güelfo *bianco* hostigado y condenado por los *neri*, había tenido que huir de Florencia a finales de 1302 y se estableció en Arezzo con su mujer, Eletta Canigiani. Allí, *in exilio*, como él mismo se ocupó de precisar, nació Francesco el lunes 20 de julio de 1304. Su infancia transcurrió en Incisa Valdarno y, tras un breve período en Pisa (donde quizá vio a Dante por única vez) y un accidentado viaje por Génova y Marsella, la familia se instaló en Aviñón, sede de la corte papal. Estudió sus primeras letras (gramática, dialéctica y retórica) en Carpentras, bajo la tutela de Convevole da Prato, y en 1316 fue enviado por su padre a estudiar Leyes a Montpellier, donde permanecería hasta 1320, interrumpido por alguna pesadumbre (su madre murió hacia 1318) y más dedicado al estudio de la literatura que al derecho. Con su hermano Gherardo,

tres años menor, se trasladó después a Bolonia para continuar sus estudios, pero los abandonaría en 1326, en parte forzado por la muerte de su padre y en parte desengañado por la deshonestidad que advertía en los hombres de leyes.

De nuevo en Aviñón, la curiosidad y el destino le depararían varios hallazgos no menos trascendentales para su obra que para su vida: reunió algunos manuscritos importantísimos (Virgilio, san Agustín, san Isidoro, Tito Livio...) y, sobre todo, vio a Laura por vez primera el 6 de abril de 1327 en la iglesia de Santa Clara. Los primeros años de su amor por Laura fueron también los de la restauración y comentario de los libros *Ab urbe condita*, y en 1330 entró en religión (tomó las órdenes menores) y al servicio del cardenal Giovanni Colonna, lo que le permitió, por ejemplo, viajar a lo largo de 1333 por el norte de Europa (París, Gante, Lieja, Aquisgrán, Colonia, Lyon...). De aquellos años datan las primeras rimas en lengua vulgar, reunidas hacia 1336 pero no configuradas todavía como cancionero.

Dos logros de aquella época marcaron su vida, y el mismo Petrarca les asignaría un profundo valor simbólico: el ascenso al monte Ventoux en 1336 y el viaje a Roma en 1337, que representa-

ban, cuando menos, su entrada en la madurez. De vuelta a Aviñón, se instaló en la casa que había comprado en Vaucluse y en los años siguientes (1338-1342) inició algunos de sus proyectos literarios más ambiciosos: el poema épico latino *Africa*, la primera colección *De viris illustribus*, quizá el núcleo primitivo de los *Trionfi*, una nueva compilación de las rimas... Por la excelencia de sus obras, y una vez examinado de arte poética por el rey Roberto de Anjou en Nápoles, fue laureado en el Capitolio el 8 de abril de 1341. Vuelto a Vaucluse en marzo de 1342, obtuvo algunas sinecuras en la diócesis de Pisa e inició, sin perseverar, el estudio del griego con el monje Barlaam. El nacimiento de su segundo hijo natural (Francesca; el primero, Giovanni, había nacido en 1337), la entrada de su hermano Gherardo en el monasterio cartujo de Montrieux, la muerte de Roberto de Anjou y las fracasadas misiones diplomáticas en Nápoles tiñeron el año de 1343 con una sombra de desilusión. Su incesante peregrinaje y los conflictos bélicos lo llevaron a Parma (asediada por los Visconti), a Verona (allí descubrió varias cartas de Cicerón y proyectó su propia colección de epístolas) y de nuevo a Vaucluse, donde inició el *De vita solitaria* y el *Bucolicum carmen*, no aca-

bados hasta diez años después, en 1356. En 1347 compuso el *De otio religioso* con ocasión de una visita a su hermano en Montrieux, y es casi seguro que inició en ese año la redacción de su obra más personal, el *Secretum*, sometido al menos a dos revisiones en 1349 y en 1353.

Todavía en 1347, ilusionado con la rebelión de Cola di Rienzo en Roma, abandonó el servicio de los Colonna y decidió volver a Italia. Se detuvo un tiempo en Génova, en Verona y en Parma, pero nuevas adversidades se le cruzaron en el camino: la derrota de Cola di Rienzo y, sobre todo, la extensión de la peste, que acabó con la vida de Laura en otro 6 de abril, el de 1348. Francesco se enteró dos meses después por la carta de un amigo y determinó dar a su obra una nueva dimensión: compuso seguramente los *Psalmi penitentiales* y concibió la muerte de su amada como eje de los *Rerum vulgarium fragmenta*, dispuestos desde entonces en dos secciones (en vida y en muerte de Laura). Fueron los años de la recopilación de epístolas latinas en prosa (*Familiares*) y en verso (*Metrice*) y del soneto-prólogo al *Canzoniere*, escrito en 1350 poco tiempo antes de viajar a Roma con motivo del Jubileo y de conocer en Florencia a Giovanni Boccaccio, a quien da-

ría pruebas de amistad en diversas ocasiones y lugares a lo largo de casi veinte años (en Milán en 1359, en Venecia en 1363 y en Padua en 1368).

En 1353, tras dos años en Vaucluse, volvió para siempre a Italia y se estableció en Milán, donde permaneció ocho años—viajes aparte—vinculado a la corte de los Visconti. El *Canzoniere* siguió creciendo hasta alcanzar nuevos estadios de elaboración (la «forma Correggio», de hacia 1356-1358, y la «forma Chigi», de 1359-1363), mientras su autor se ocupaba también en el *De remediis...* La peste, que no cesaba, le obligó a trasladarse a Padua en junio de 1361, y un año después a Venecia, donde residió hasta 1368. Desde allí procuró favorecer el retorno del papa a Roma y, en respuesta a las violentas críticas de ciertos aristotélicos venecianos, compuso *De sui ipsius et multorum ignorantia*.

En la primavera de 1368 se estableció en Padua, hospedado por Francesco da Carrara y retomó, para ampliarlo, el *De viris illustribus* al tiempo que su salud se iba deteriorando. En marzo de 1370, ya bastante enfermo, se instaló en Arquà en una casa que había mandado levantar un año atrás (muy pronto acudiría a cuidarle Francesca con su familia), y el 4 de abril, en previ-

sión de un inminente viaje a Roma, dictó su testamento. En Ferrara le sobrevino un síncope y se quedó sin ver al papa en el Vaticano (porque al poco tiempo Urbano V sería expulsado de nuevo a Aviñón); volvió primero a Padua y después, definitivamente—a salvo de un nuevo viaje a Venecia—, a Arquà en mayo de 1373. En los que serían los últimos meses de su vida preparó nuevas revisiones de su *Canzoniere* (las formas «Malatesta» y «Queriniana», anteriores a la «Vaticana») y escribió, tradujo, amplió o retocó varias piezas de importancia, entre las que destaca, también simbólicamente, el *Triumphus Eternitatis*, compuesto y revisado con gran empeño en apenas un mes.

Francesco Petrarca murió en Arquà durante la noche del 18 al 19 de julio de 1374.

REMEDIOS PARA LA VIDA

Hacia el final del libro segundo del *Secretum*, cuando Agustín y Francesco andan a vueltas con el tema de la fortuna, el discípulo afirma que quizá acabe diciendo lo que piensa «en otro momento y en otro lugar». Ésa es la primera traza de un proyecto que, como casi todos los su-

yos, acompañó a Petrarca durante un largo período. Muy poco tiempo después de esa declaración de propósitos, en una epístola de mediados de 1354 (*Seniles*, XVI, 9), Petrarca le explica a Jean Birel que tiene entre manos, *in manibus*, un libro, *De remediis ad utranque fortunam*, «en el cual me ocupó con todas las fuerzas de aliviar, y aun de extirpar, si fuese posible, las pasiones del alma, mías o de quienes lo lean», y precisa a continuación que la carta a la que está respondiendo le ha llegado «mientras tenía bajo la pluma el tratado sobre la infelicidad y la miseria».¹

Aunque el capítulo «De tristitia et miseria» es de los últimos (II, 92), no parece razonable ni necesario suponer, por más que el mismo Petrarca lo afirme en el prólogo, que un texto de la extensión y la complejidad del *De remediis* pudiera haber sido «empezado y acabado en unos pocos días»: su composición no tuvo por qué ser progresiva, y, por otra parte, hacia 1367 Giovanni Boccaccio lo menciona como *novissimus* mientras anuncia

¹ Petrarca, «Cartas seniles», en: *Epistolario*, vol. IV, present. Marc Fumaroli, próls. y notas Ugo Dotti, trad. Francisco Socas, rev. Jordi Bayod, Barcelona, Acantilado, en prensa.

su inminente difusión. La escritura del *De remediis utriusque fortune* (tal fue el título definitivo) acompañó, pues, a Petrarca durante una docena de años vividos con relativa calma entre Milán, Padua y Venecia. En otra de sus epístolas, fechada el 9 de noviembre de 1367 (*Seniles*, VIII, 3), el autor da por terminada su obra y se alegra de que haya gustado a «algunas personas de gran ingenio».²

Sin embargo, el tema escogido no es precisamente muy original—resultaría difícil hallar en la época otro que lo sea menos—, y de hecho el mismo autor declara haberse inspirado en el *De remediis fortuitorum*, uno de los muchos tratados atribuidos a Séneca que alcanzaron celebridad en la Edad Media. Pero Petrarca completa y supera el modelo pseudosenequiano con una concienzuda voluntad enciclopédica y una inextinguible capacidad de contemplación de la fortuna y de sus efectos. Sabe muy bien, por ejemplo, que lo habitual ante «los súbitos e inciertos movimientos de las cosas humanas» es buscar alivio cuando la fortuna nos muestra su peor cara, la de la adversidad, y que es mucho más difícil saber re-

² *Ibid.*, vol. III.

girse y desengañarse cuando la suerte nos es favorable. «Las dos caras de la fortuna deben temerse y sobrellevarse, pero una requiere freno y la otra distracción; en una se debe reprimir la soberbia del alma y en la otra aliviar su desamparo».

Gracias a la terca asunción de esa bicefalia, no tan frecuente como cabría esperar en los moralistas antiguos y medievales, Petrarca culmina una especie de *summa* moral para todos los hombres, que sirve igualmente para el escarmiento de los prósperos y el consuelo de los desdichados. De ahí que los dos libros de que se compone se organicen de un modo simétrico y complementario: las cuatro principales pasiones del alma (en el primer libro el gozo y la esperanza, en el segundo el dolor y el temor) entablan un diálogo (llamémoslo así por ahora) con la razón, que es quien lleva la voz cantante. Esas cuatro pasiones se refieren, además, a los aspectos positivos o negativos del presente (gozo y dolor) y del futuro (esperanza y temor), de modo que en los más de doscientos cincuenta capítulos de que se compone el *De remediis* se trata del fruto, bueno o malo, de todos los aspectos de la vida: las dotes del cuerpo y el alma, las distracciones, la educación, el arte, los parientes, los amigos, el poder, la gue-

rra, la posición social, la salud, el dinero, el amor, la muerte...

Quien haya disfrutado ya con las fecundas conversaciones del *Secretum* y las compare sin más con los romos y escuetos parlamentos (más bien estribillos) del Gozo y del Dolor, enseguida se dará cuenta de las diferencias, pero también advertirá que Petrarca supo adaptarse al carácter cerrado y sistemático del *De remediis* y a las necesidades demostrativas de la Razón. En cualquier caso, ese rudimentario diálogo entre personajes abstractos basta y sobra para dar variedad y vivacidad, no meramente oratorias, a lo que, de otro modo, no hubiese pasado de ser una previsible retahíla de verdades morales. Además, aunque también esté lejos de aquel *ordo neglectus* con el que Petrarca contribuyó a prefigurar o apuntalar el desarrollo del ensayo moderno, el *De remediis* valía y vale como «discurso», al arrimo y al modo de los clásicos, por el territorio invariable de la condición humana.

Nada más aleccionador, por tanto, que la obstinada actualidad de la que ha sido definida como «*l'opera più medievale del Petrarca*».

NOTA SOBRE EL TEXTO Y LA TRADUCCIÓN

El lector de hoy que quiera acceder al texto latino completo del *De remediis* puede recurrir a dos opciones extremas: el incunable y el CD-ROM. En las bibliotecas públicas españolas se conservan varios y buenos ejemplares de las obras latinas de Petrarca en las ediciones de Basilea, 1496 y 1554 (yo he manejado para mi traducción un ejemplar de la *princeps*, el Inc. 502 de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona); por otra parte, la edición informática de las *Opera omnia* (Roma, Lexis) incluye un «*testo provvisorio*» del *De remediis* a cargo de L. Ceccarelli y E. Lelli.

En mi traducción he preferido respetar las formas antiguas o peculiares de algunos nombres conocidos (*Tulio* por Cicerón o *Cayo* por Calígula, por ejemplo) y no me ha parecido necesario poner notas o interpolaciones en los dos o tres lugares en que se dice tan sólo «el poeta cómico» o «el poeta lírico» y debe entenderse, por excelencia, Terencio y Horacio. Ya queda explicado aquí. También he visto, claro, la primera traducción castellana de Francisco de Madrid (publicada en Valladolid en 1510), tan logra-

da para su tiempo como inservible para un lector medio de hoy (puede verse una muestra en la principal antología del Petrarca latino en castellano, *Obras*, I: *Prosa*, ed. F. Rico *et al.*, Madrid, Alfaguara, 1978); en otras lenguas son relativamente accesibles, y me han resultado útiles, la breve selección con versión italiana de P. G. Ricci (en *Prose*, ed. G. Martellotti, Milán, Riccardo Ricciardi, 1955) y la traducción completa al inglés de Conrad H. Rawski (Bloomington, Indiana University Press, 1991).

Para decidir el título de este volumen hemos tenido en cuenta que se trata de una selección. El título latino original puede traducirse de varias maneras y en el fondo todas son buenas, porque se trata de remedios—que son tanto ‘consejos’ como ‘admoniciones’ y ‘antídotos’—de, contra o para los dos tipos de suerte: la buena y la mala. Remedios para la vida, en definitiva.